

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

HUIDA A EGIPTO

MATANZA DE LOS INOCENTES

Explicación. — Corta fue la estancia de los Magos en Belén. Creen algunos que no se prolongó más allá de unas horas. Así que ellos salieron de Belén, quizás aquella misma noche, un ángel del Señor aparece a José, y en visión nocturna le manda que tome al Niño y a la Madre y huya a Egipto: *Después que ellos se fueron, he aquí que un ángel del Señor se apareció en sueños a José, y le dijo: Levántate, toma al Niño y a su Madre, y huye al Egipto.* La visita de los Magos había sido para Belén, ciudad pequeña, un gran acontecimiento que debió conmoverla; y todos sus vecinos sabrían el lugar o casa donde entraron para adorar al Rey Infante. Era preciso que salieran ellos enseguida hacia su país por camino desconocido y que la Sagrada Familia se pusiera en salvo aquella misma noche. Porque el mismo día, por la escasa distancia de Belén, sabrá Herodes que ha sido burlado por los Magos. Fija su mente en este negocio, para el capitalísimo, se aumentarán sus suspicacias: quizá vea un complot urdido por los Magos para deponerle; el peligro es inminente y hay que poner al Niño en lugar seguro. Ya empieza Jesús a ser señal de ruina y levantamiento para muchos; y ya el pueblo judío empieza a repudiar al Salvador.

La orden de fugarse se da por Dios a José: es el jefe de la Sagrada Familia, natural y celoso custodio del hijo y de la madre; así, por esta intimación, lo reconoce Dios mismo. El lugar indicado para la fuga es el Egipto, región que depende directamente de los romanos y sobre la que Herodes no tiene jurisdicción alguna. Aunque lugar de idólatras, es país hospitalario y el más vecino de la Palestina: ocho o diez días de marcha bastan para ponerse en sus fronteras desde Belén. Al Egipto habían venido los antiguos patriarcas Abraham y Jacob con sus hijos; en las grandes crisis de hambre y guerra de Israel, el Egipto había sido el natural refugio del pueblo de Dios; allí habían no pocos judíos de la Diáspora que habían establecido ricas colonias y factorías. Y allí debía permanecer la Sagrada Familia hasta nuevo aviso del cielo, debiendo dejar inmediatamente la ciudad del nacimiento, que va a sufrir tremendas represalias del sanguinario Herodes: *Y estáte allí hasta que yo lo diga: porque ha de suceder que Herodes busque al niño para matarle.*

José, varón fiel, de pronta y sumisa obediencia, se levanta, y aquella misma noche toma al hijo y a su madre, en cuya expresión se demuestra la paternidad sólo adoptiva de José; y desciende al Egipto: *Levantándose José, tomó al niño y a su madre, de noche, y se retiró a Egipto.* La fuga tiene lugar de noche, para que lo que ya es de sí difícil, lo haga más difícil y peligroso la obscuridad. La pobreza de los esposos agrava su situación; ni tiempo tienen para arreglar su viático. Dios habrá proveído a lo más necesario con los presentes de los Magos. El viaje de Jesús es el símbolo del repudio que le da su pueblo: "los suyos no le recibieron" (Ioh. 1, 11). Maria empieza a sentir la

aguda espada del dolor que hace poco le vaticino Simeón.

¿Qué camino siguieron los santos viajeros? Se ignora: pudieron descender por el litoral del Mediterráneo, aunque era la rota más peligrosa por ser más asequible a los esbirros de Herodes; parece más probable fueran por alguno de los desiertos caminos del interior. Los apócrifos y el arte han llenado de prodigiosos episodios el penoso viaje: arenales que se cubren de flores al paso de los santos personajes; fieras que vienen a rendirse ante el Niño; árboles que doblegan sus ramas para ofrecer a los viajeros sus frutos. Todo es piadosa fantasía: harían su camino como tantos desconocidos y pobres viandantes que de la Palestina bajaban a Egipto.

Y permaneció allí hasta la muerte de Herodes. ¿Dónde se instaló la Sagrada Familia? No se sabe: una respetable tradición supone estuvieron en On, hoy Matarieh, a unos diez kilómetros del Cairo; allí se conserva hoy, cuidado con esmero por los Coptos, un viejísimo sicomoro, el "árbol de la Virgen", retoño del que cobijara un día a la Sagrada Familia. En el viejo Cairo hemos visitado la viejísima iglesia copta de Abu Sergé, metida entre callejas, que se dice emplazada en el sitio donde tuvo su casa la santa familia. ¿Cuánto duró la estancia en Egipto? Suponen los evangelios apócrifos que unos tres años; San Buenaventura llega a siete; hay graves razones para afirmar que solo se prolongó por unos meses. En efecto, la matanza de los inocentes ocurrió pocos meses antes de la muerte de Herodes; sucedió a este su hijo Arquelao, con el título de etnarca, no de rey como su padre (Mat. 2, 22), que al poco tiempo también le fue quitado por Augusto, por no haber logrado su confianza por su desastrosa administración. Cualquiera que fuese la duración de la estancia del Salvador en Egipto, quedó por su presencia santificada aquella región, que pocos siglos más tarde pudo ofrecer el espectáculo de la santidad más asombrosa de los tiempos cristianos, profesada por millares de ermitaños y cenobitas, hijos de Antonio y Pacomio.

En el regreso de Jesús del Egipto ve el Evangelista la realización de la profecía de Oseas (11, 1): *Para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta: De Egipto llamé a mi Hijo.* La profecía, en su sentido literal, se refiere al retorno del pueblo de Dios, "hijo de Dios"; pero en su sentido espiritual o típico fue pronunciada de Jesús. No se trata, pues, de una simple acomodación sugerida por la piedad a San Mateo en este caso.

Lecciones morales.— A) V. 13.— *Levántate, toma al Niño y a su Madre, y huye...* — En los trabajos y peligros de la vida quisiéramos a veces usara Dios con nosotros de los medios extraordinarios de su Providencia: con todo, ni para con su Hijo siempre los utilizó. Pudo Dios evitar el peligro de la persecución de Herodes con la simple muerte del tirano, con un milagro, como ha librado a tantos siervos suyos: y no lo hace. No sólo no lo hace, sino que trata a la Sagrada Familia como a cualquiera otra: ordena su salida de la tierra patria, su estancia entre gente extraña y un penosísimo viaje. Sometámonos con humildad y reverencia a los soberanos designios de Dios sobre nosotros.

B) v. 14. — *Levantándose José tomó al Niño...* — En medio de la pobreza de

los Santos esposos, agravada por lo precipitado del viaje, que no les consintió hacer acopio de lo necesario para tan largo camino, hay que admirar la Providencia de Dios que les deparó los ricos dones de los Magos con que subvenir a sus necesidades. Dios no nos faltará nunca si en El confiadamente esperamos, como hijos que tienen mil veces experimentado el bondadoso amor del padre.

DE EGIPTO A NAZARET:

Explicación. — Para fijar la fecha del retorno de la Sagrada Familia de Egipto, tenemos un punto aproximado de referencia, que es la muerte de Herodes, ocurrido, según testimonio explícito de Josefo, en los primeros días de abril del año 750 de la fundación de Roma. Tenía Jesús unos quince meses de edad, y habían transcurrido como tres meses, según el computo que adoptamos, de la visita de los Magos.

MUERTE DE HERODES (19.20). — Poco tiempo después de la inútil matanza de los Inocentes, moría el poderoso idumeo, lleno de días y de crímenes, después de treinta y siete años de gobierno. Su muerte fue digna de un tirano, según la describen Josefo y Teofilacto: torturado por la gota y un fuego que le abrasaba las entrañas, cubierto de sarna y roídas por inmundos gusanos las partes secretas de su cuerpo, con continuas congojas de asmático y en medio de terribles convulsiones de sus miembros, echo su alma pésima. Y mientras la mano de Dios caía justiciera sobre aquel hombre perverso, un ángel del Señor visitaba al justo en el lugar del destierro, y le decía que retornara a su patria: Y habiendo *muerto Herodes, he aquí que un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto*. Cumplía Dios lo prometido al santo Patriarca: "Estate allí hasta que lo diga." La locución del Evangelista da a entender que transcurría escaso tiempo entre la muerte del tirano y el aviso del ángel, bien que no hay dificultad en admitir pasaran algunos meses; porque habiendo ocurrido discordias de carácter político a la muerte del anciano rey, tuvo que intervenir Augusto para componerlas y adjudicar su parte de territorio a cada uno de los hijos de Herodes. Cuando el ángel aparece a José en Egipto, ya Arquelao, su hijo, gobernaba en la Judea.

Intimó el ángel la salida de Egipto a José, *diciendo: Levántate, y toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel*. Israel es nombre de bendición y de promesa; con el se designa de modo general a toda la tierra de la Palestina; toda ella era querida para los hijos de Jacob, y es más dulce para los desterrados el nombre de la patria. Es buen augurio para José, y más aun lo es la razón que añade el ángel: *Porque han muerto los que querían matar al niño*.

REGRESO A NAZARET (21-23). — Con la misma prontitud que cuando se le intima el destierro, obedece José al ordenársele el regreso a su dulce patria: *Levantándose, tomó al niño y a su madre, y se vino a tierra de Israel*. Se hermanó en el jefe de la Sagrada Familia la prudencia con la obediencia. Al llegar a tierra de Israel, sabe que en el gobierno de la Judea ha sucedido a Herodes su hijo Arquelao. No ignoraría José que Arquelao, hijo de Herodes y de la samaritana Maltace, había heredado de su padre el espíritu de tiranía y

de crueldad: a poco de inaugurar su gobierno, sofocó una sedición en el mismo recinto del templo, en que sus soldados mataron a 3.000 peregrinos. Tan cruel fue, que Augusto hubo de destituirle y desterrarle a Viena, en la Galia, sin que llegara jamás a gobernar con el título de rey, y sí sólo con el de etnarca, la porción de territorio que en herencia le había dejado su padre, Samaria, Judea e Idumea. Quiso su padre, así lo dejó consignado en su testamento, que Arquelao fuera rey, con el consentimiento de Augusto; pero este, que se lo había prometido si se hacía digno de ello, no se lo concedió jamás, antes le depuso. José, que sin duda había pensado instalarse en Belén de Judá, temió con razón por el niño; no era vieja aun la visita de los Magos, ni la matanza de los Inocentes: *Más oyendo que Arquelao reinaba o gobernaba en la Judea en lugar de Herodes su padre, temió ir allá.*

Confirmó la razón de sus temores otra visión nocturna: por ello, como lugar mas seguro, resolvió dirigirse a tierras de la Galilea, su patria nativa: *Y avisado en sueños, se retiró a las tierras de Galilea*, provincia que regía Herodes Antipas, de carácter indolente y apacible, desde la muerte de su padre Herodes el Grande. Dentro de la Galilea no era dudosa la elección de ciudad: en Nazaret había tenido antes su domicilio con su santísima esposa, que allí recibió al ángel de la Anunciación; y en Nazaret fijó su residencia: *Y vino a morar en una ciudad que se llamaba Nazaret.* Ya conocemos la risueña ciudad, humilde y despreciada por los mismos galileos. Situada en la Galilea inferior, en los confines de la tribu de Zabulón, sin tráfico mercantil, aislada de las grandes vías de comunicación, de vida agrícola, se adaptaba admirablemente a la condición oscura de Jesús, que allí había de pasar los años de vida oculta, hasta que llegara la hora de su manifestación.

También en este hecho nos descubre San Mateo el designio providencial de Dios, que así lo tenía destinado, según oráculo de sus profetas: *Para que se cumpliese lo que habían dicho los profetas: Que será llamado Nazareno.* El Evangelista no se refiere a ningún profeta particular, sino al sentido que se desprende de una serie de profecías. En ellas es llamado el Mesías "tallo", "retoño" (Is. 11, 1; 53, 2), en hebreo *netzer*: es el mismo nombre hebreo de la pequeña ciudad. En esta debía crecer el tallo airoso salido del tronco de José. Además, el nombre de Nazareno como el de Nazaret, era tenido en menos por los judíos; Jesús es llamado Nazareno repetidas veces en los Evangelios: el Evangelista quiere que en Jesús y por Jesús se convierta en honor y gloria la aversión que ambos nombres inspiraban. Es una conjunción histórica, la del divino Nazareno y Nazaret, que responde a un anuncio profético.

Lecciones morales. — A) V. 19. — *Muerto Herodes...* — La muerte de Herodes representa para la Sagrada Familia el principio de un período de bonanza. A los horrores de la persecución suceden las delicias de la vuelta a la patria. El poder del tirano queda aniquilado por la muerte: ya no habrá que temerle. De la tierra de idólatras se para a la Tierra Santa, donde forman pueblo los adoradores del Dios verdadero. El trato de extraños cesa para gozar la dulce compañía de deudos y amigos en la propia ciudad. — Este episodio es imagen de la variabilidad de las cosas de la vida: ni bienes ni males son en ella duraderos; Dios tempera los episodios de nuestra

existencia en forma tal que nuestro espíritu no halle firmeza sino en el pensamiento de que Dios nos gobierna y nos lleva a un destino definitivo e inmutable.

B) V. 20. —*Han muerto los que querían matar al niño...* —Murieron los que querían matar al niño, y murieron prematuramente. El Evangelista puede referirse aquí solamente a Herodes o también como cree San Jerónimo, a escribas y sacerdotes que con él maquinaron la muerte de Jesús. Cualquiera, que sea la interpretación, debemos ver en el providencial suceso, según San Beda, el preludio de lo que sucederá en los siglos posteriores, a saber, que Dios vengará las persecuciones contra su Iglesia con la muerte de los perseguidores: es elocuente la historia de los emperadores en las diez persecuciones, la de Arrio, de Voltaire, de Zola y tantos otros.

C) v. 22. — *Mas oyendo que Arquelao reinaba en la Judea...* — Herodes dejó como sucesor suyo en la Judea a Arquelao, digno hijo de tal padre, por su crueldad; como Herodes Antipas, el matador del Bautista; como la nieta Herodías, la que solicitó la cabeza del Precursor. Hay en muchas familias una como ley de herencia, para el mal, como para el bien. No es que no haya libertad para obrar según la ley: es que hay hábitos en las familias, como en los individuos; es que el aire de familia santifica o emponzoña, porque nada hay más eficaz para la formación del hombre que la vida de familia. De aquí la responsabilidad de todos los que la integran de edificarse y corregirse mutuamente.

D) v. 23. — *Y vino (José) a morar en una ciudad que se llamaba Nazaret...* — Mira, dice el Crisóstomo, cómo José fue elegido para cuidar a María; en la ida y vuelta a Egipto, ¿quién hubiese podido llenar tantas necesidades sino aquel de quien era esposa? La solicitud y abnegación del santo Patriarca en medio de tantos trabajos, es título de seguro valimiento ante la Madre y el Hijo en el cielo.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966, p. 313-321)